

Nápoles y Josep Sanchis Sivera: una evocación personal (1902)

Rafael Roca
Universitat de València

La seducción italiana

Una de las cosas que más llaman la atención cuando repasamos la producción cultural que, durante los siglos XIX y XX, elaboraron algunos de los principales escritores valencianos, es el ferviente interés y la indisimulada atracción que muchos de ellos sintieron por Italia. Y, en concreto, por el encanto histórico, artístico y humano que les ofrecía un país vecino del que, en muchos aspectos, se sentían hermanos.

De esta manera, desde finales del ochocientos hasta muy avanzado el novecientos, autores como por ejemplo Teodor Llorente, Vicent Blasco Ibáñez, Josep Sanchis Sivera, Eduard López-Chavarrí, Daniel Martínez Ferrando, Francesc Puig-Espert, Martí Domínguez, Adolfo de Azcárraga y Josep Piera no dudaron en visitar la península itálica ni en manifestar, públicamente, su admiración por la geografía y la cultura italianas. Y fue así que plasmaron, con evidente complacencia, las impresiones y los recuerdos que les habían producido aquellos viajes a través de extensos artículos y volúmenes que actualmente nos permiten recrear con todo tipo de detalles sus peripecias italianas.

Sirva como ejemplo de ello lo que escribieron dos intelectuales valencianos en 1902. Así, el sacerdote Salvador Castellote (V), en aquella época obispo de Jaén, aseguró:

Pocos serán los que después de haber viajado por Italia, no hayan sentido un gran deseo de comunicar a sus amigos las agradables impresiones que recibieron visitando aquel hermoso país donde la naturaleza y el arte han prodigado sus bellezas, haciendo de él, por lo que tiene de natural, un jardín, *il giardino d'Europa*, y por lo que tiene de artístico, un museo.

Mientras que, poco tiempo después, Valentino (2) –pseudónimo de Teodor Llorente Olivares– anotó: “Todos los turistas sueñan con este viaje [a Italia], y los que han adquirido la costumbre [...] de echar sobre el papel sus impresiones, aún más”.

Pues bien, entre aquellos testimonios escritos destaca, por su calidad literaria y su intensidad emocional, el libro que el historiador y erudito Josep Sanchis Sivera (1867-1937) confeccionó a partir de las vivencias que le proporcionó el *tour* que había realizado a lo largo de toda la península itálica durante la primavera de 1901, cuando tenía 34 años de edad; y que, doce meses después, en 1902, publicó bajo el título de *Dos meses en Italia (Impresiones y recuerdos)*.

Sacerdote y intelectual cosmopolita (Robres; Rodrigo), Sanchis Sivera es una de las figuras centrales de la historiografía valenciana contemporánea. De hecho, en 1932, a propósito del homenaje que le dedicó el Centro de Cultura Valenciana, la prensa periódica lo calificó como “una de las personalidades culturales más eminentes de Valencia”; y aseguró que “su nombre es conocido no sólo en toda España, sino también en los centros culturales más importantes de Europa y América”¹.

Así, su libro sobre Italia está integrado por un total de treinta y cuatro capítulos, a lo largo de los cuales recrea y explica, con todo lujo de detalles, el cúmulo de experiencias y situaciones que vivió, durante sesenta días, en catorce ciudades italianas: Ventimiglia,

¹ “El homenaje del Centro de Cultura al señor Sanchis Sivera”, *Las Provincias* (22-VI-1932).

Genova, Pisa, Roma, Nápoles, Loreto d'Ancona, Asís, Florencia, Bolonia, Ferrara, Padova, Venecia, Milán y Turín. Evidentemente, el espacio que dedicó a todas estas urbes fue diferente; y así, las dos que mayor atención le merecieron fueron Roma y Nápoles, donde, sin duda alguna, también debió pernoctar más días.

De esta manera, *Dos meses en Italia (Impresiones y recuerdos)* se presenta a nuestros ojos de lectores del siglo XXI como un relato complejo y trepidante, repleto de referencias históricas y artísticas, tal como corresponde a un humanista ilustrado, a menudo aliñadas con múltiples curiosidades y anécdotas. Y en el transcurso de la narración destacan, de una manera notoria, los cinco capítulos dedicados a Nápoles, una metrópoli estrechamente vinculada a València, su ciudad natal, que Sanchis Sivera descubrió y evocó con erudición, emotividad, buen humor y, por qué no decirlo, un cierto orgullo patrio, como a continuación podremos comprobar. Y es con la intención de descubrir los lugares y las personas que nuestro autor conoció durante su estancia en la capital de la Campania –y de destacar las reflexiones y los comentarios, especialmente los referidos a la Corona de Aragón, que aquellos descubrimientos le merecieron–, que a continuación analizaremos esos cinco capítulos.

La descripción de Nápoles

Es probable que Josep Sanchis Sivera –que en el año 1900 fue nombrado canónigo archivero y bibliotecario de la Catedral de Segorbe, y que también ejercía la colaboración periodista– proyectara su viaje a la tierra de Dante y de Petrarca –“el país más interesante de Europa”, según que también afirmó el obispo Castellote (XII), autor del prólogo de *Dos meses en Italia*– estimulado por los inmediatos ejemplos que le ofrecían dos intelectuales que le resultaban muy próximos: el periodista, poeta y político Teodor Llorente –de quien fue íntimo amigo y discípulo, además de confesor y biógrafo (Ferrando)–, que durante los años 1894 y 1896, respectivamente, realizó dos viajes a Italia que con posterioridad relató en las columnas de su periódico, *Las Provincias* (Roca 2013); y el periodista, novelista y político Vicent Blasco Ibáñez, amigo y condiscípulo de Sanchis Sivera, que en 1896 publicó un volumen titulado *En el país del arte (Tres meses en Italia)* –cabe destacar el paralelismo que se establece entre el título del libro de nuestro canónigo y el subtítulo del de Blasco– después de pasar una larga estancia en el país vecino, seguramente en condición de refugiado político.

A propósito del libro de Blasco Ibáñez, Llorente –Valentino– escribió que

injusto sería negar que la imaginación vivísima de este escritor, escitado por el continuo espectáculo de tantas grandezas y las bellezas históricas y artísticas, como allí impresionan el ánimo más tranquilo, ha producido hermosas páginas brillantes.

Y, con referencia al famoso anticlericalismo de Blasco, que

lástima grande que la hostilidad sistemática del autor contra lo que más engrandece la Italia a los ojos de los católicos, las haya llenado [las páginas] de pensamientos tan ofensivos como injustos (Valentino).

Finalmente, vale la pena destacar que, no casualmente, los tres autores ahora referidos –Llorente, Blasco y Sanchis Sivera– situaron el inicio de sus respectivas peripecias italianas en una misma ciudad: Génova.

Por lo que respecta a Sanchis Sivera, sabemos que, a lo largo de su dilatada vida, fue un viajero ilustre, ávido y infatigable que, en calidad de investigador y turista –facetas que no desligaba–, durante las dos primeras décadas del siglo XX recorrió, además del territorio valenciano y la península ibérica, toda Europa y parte de África y

Asia (Pérez Moragón, 39; Roca 2019b). Así, gracias a los testimonios documentales que nos legó de muchos de estos viajes, sabemos que entre los años 1901 y 1913 visitó: Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Suecia, Escandinavia y Egipto. Viajes que a menudo fueron relatados en volúmenes como por ejemplo: *El mejor veraneo. Apuntes de un viaje a Suiza* (1903), *De Alemania. Notas de viaje* (1906), *Viatge a Escandinàvia* (1911) (Roca 2018; Sanchis Sivera 2021) y *El país de los faraones. Impresiones y recuerdos de un viaje a Egipto* (1914). Y todavía otros que se quedaron en proyecto (Roca 2019b, 190).

Además, sabemos también que, como mínimo, después del viaje de 1901 volvió al menos una vez a Italia: durante el verano de 1921 y en compañía de su amigo Eduard López-Chavarri, en lo que resultó una nueva y completa *tourneé* italiana (generosamente relatada, con posterioridad) que duró entre tres y cuatro semanas (López-Chavarri; Roca 2019a). Todas estas expediciones –y todavía más– valieron a Sanchis Sivera ser reconocido por sus coetáneos como un ciudadano del mundo o “perfecto *weltbürger*”, título oficioso le concedió su amigo el escritor Ernest Martínez Ferrando (1933).

Así, pues, si nos centramos en la visita a Italia realizada en 1901, lo primero que cabe señalar es que la capital de la Campania fue el punto más meridional que Sanchis Sivera visitó durante el viaje. De hecho, no sabemos con exactitud qué día llegó a Nápoles. Pero si tenemos en cuenta que el 5 de mayo se encontraba en Roma participando en una audiencia con el Papa León XIII (tal como afirmó en el artículo “Audiencias del Papa. Un canónigo valenciano”, que fue publicado en el periódico *Las Provincias* el 12 de mayo de 1901), es muy probable que pisara suelo napolitano entre el 10 y el 15 de aquel mes. Por cierto, gracias a este escrito periodístico sabemos también que Sanchis Sivera no realizó el viaje en solitario, sino acompañado del “industrial” José Guerrero, de quien no poseemos datos biográficos.

Lo que también podemos afirmar es que nuestro autor realizó el trayecto entre Roma y Nápoles en tren; y que lo primero que hizo fue calificar la antigua Parténope como “la ciudad de los contrastes, la más extraña del mundo, en donde se agita la población más violenta, más ardiente, más sanguinaria”. Y no sólo eso, sino también como la “más indiferente, más floja, más dulce en las horas de la siesta y del *farniente*; más alegre, más locuaz, más vivaracha en todos los momentos del día (Sanchis Sivera 1902, 247).” Es decir, como una población excesiva y única, diversa y pródiga, por decirlo rápidamente. Con lo cual también manifestaba su satisfacción y interés por descubrirla.

Las calles napolitanas

De hecho, nuestro autor dedicó las primeras páginas de aquellos cinco capítulos a describir el carácter de los napolitanos, evidenciando, tal como acabamos de comprobar, que la ciudad le fascinaba: que ejercía un gran magnetismo sobre él: “Yo creo que Nápoles es la ciudad del mundo en que mejor se vive (Sanchis Sivera 1902, 248),” llegó a afirmar. Además, desde un principio puso especial atención en destacar la historia que vinculaba aquel territorio con el español, ya que se ocupó detenidamente de repasar algunas de las consecuencias que habían tenido los casi tres siglos de dominación hispánica.

Así, en primer lugar, nuestro autor identificaba los múltiples tipos populares que integraban la población napolitana, desde los “niños harapientos y sucios que piden con sin igual desvergüenza un sueldo para echar un trago (Sanchis Sivera 1902, 248),” hasta los “cicerones de exuberante elocuencia, que sin decirles nada echan a andar delante, no cesando de explicar con palabras de todas las lenguas lo que hay de importante en la ciudad (Sanchis Sivera 1902, 248-249).” De esta manera, no olvidaba citar los “cocheros insolentes que acaban por divertir, y que se disputan entre sí, hablando todos

a la vez, el llevaros a cualquier parte”; ni tampoco las mujeres de vida disoluta, que únicamente se preocupaban, desde que se despertaban, “del modo como conquistarán algunos sueldos, para después charlar, cantar y embriagarse con la *tarantella*, especie de baile epiléptico que causa mareo y malestar (Sanchis Sivera 1902, 251).”

En su descripción del *lifestyle* napolitano, nuestro autor ponía el énfasis en la agitación de las calles, convertidas “en mercado a cualquier hora del día (Sanchis Sivera 1902, 254);” en las tabernas, donde “reina siempre la más completa alegría (Sanchis Sivera 1902, 252);” y en la música, que calificaba como “la pasión dominante de los napolitanos (Sanchis Sivera 1902, 253).” Para concluir, de una manera ciertamente literaria, hiperbólica y divertida, que no es de

extrañar que las calles de Nápoles estén a toda hora llenas de gente y que anden continuamente confundidos pobres y ricos, elegantes y andrajosos, hombres y mujeres y niños. Nadie trabaja: ¿y para qué?, ¡si nos hemos de morir! [...] [La gente] desea vivir feliz y despreocupada, y lo logra a las mil maravillas (Sanchis Sivera 1902, 251-253).

De este modo, tan solo identificaba un problema (o un contratiempo, si lo preferimos): el Vesubio, el “titán de fuego” que continuamente observa y amenaza la ciudad, que le inflige belleza y temor a un tiempo, y que él calificaba como “el constante enemigo de Nápoles y su continua pesadilla; pero, ¿qué sería de esta ciudad sin la ciclópea fragua! (Sanchis Sivera 1902, 255),” ya que la proximidad del volcán ejercía un notable encanto sobre la ciudad.

Además del Vesubio, nuestro autor también señalaba “otro atractivo para los españoles”: los múltiples vestigios que la ciudad conserva de los siglos de protectorado hispánico, “pues por todas partes se ven objetos nuestros, monumentos construidos por nosotros, recuerdos de nuestra dominación en otro tiempo (Sanchis Sivera 1902, 255),” afirmaba con evidente orgullo. De todos estos vestigios destacaba, entre otros muchos, los palacios de Gravina, Portici y Capodimonte, el teatro de San Carlos y las calles de Medina y de Toledo. Hasta el punto de afirmar: “A España debe esta ciudad su esplendor, y acaso su existencia”, ya que “tuvimos que defenderla de la codicia de todas las naciones, que enviaron a su magnífico golfo las mejores galeras de guerra”. “En dos siglos que la dominamos”, continuaba, “construyéronse los mejores caminos y fortalezas, saneáronse los lagos y pantanos, fomentose la industria y el comercio, y llegó a un estado de florecimiento del que ya no se tiene noticia en su historia (Sanchis Sivera 1902, 256).”

Entre tanta alabanza patria, también encontraba espacio para la autocrítica. Y así reconocía que algunos de los virreyes que tuvo Nápoles exprimieron económicamente la ciudad, de tal manera que el pueblo “llegó a odiar el nombre de España (Sanchis Sivera 1902, 256);” una circunstancia que, entre otras cosas, explicaba la revuelta contra los Habsburgo, responsables de la monarquía hispánica, que a mediados del siglo XVII encabezó Masaniello.

Los monumentos napolitanos

Durante las páginas que integran el capítulo XXI, el segundo de los dedicados a Nápoles, nuestro autor se ocupó de visitar y describir los principales monumentos de la ciudad, unos edificios cargados de arte y historia que también se habían convertido en los principales atractivos turísticos. De este modo, sus primeras palabras eran para la catedral, un lugar, aseguraba, “donde el arte se desarrolla con entera libertad y mayor magnificencia (Sanchis Sivera 1902, 259),” y donde se experimenta “el místico placer de lo supraterráneo (Sanchis Sivera 1902, 260).” Concedía una especial atención a la

capilla de San Gennaro, ciertamente espectacular por la cantidad de fieles que, “a todas horas del día”, se congregaban. Y, como no podía ser de otra manera, refería la historia y el milagro que, puntualmente, año tras año, el mártir protagoniza, cuando su sangre, contenida en una reliquia y habitualmente coagulada, “se liquida a presencia de todos, dando lugar este suceso a mil transportes de alegría (Sanchis Sivera 1902, 264).”

El siguiente edificio que merecía su atención era, y no de manera gratuita, el Real Museo Borbónico –actual Museo Arqueológico Nacional–, un espacio excelente “que no desmerece en importancia al del Vaticano;” y que es

un magnífico edificio construido por virreyes españoles y por Carlos III [rey de Nápoles durante los años 1750-1759], destinado a guardar, no sólo obras maestras, sino todos los objetos curiosos y de arte que se han encontrado en las ciudades largo tiempo cubiertas por las cenizas del Vesubio o que han desaparecido (Sanchis Sivera 1902, 264).

Otro de los lugares notables que la crónica refiere es el Museo de San Martín, “situado en la cartuja de este nombre.” Su visita le permitió conocer al director del establecimiento, el conde Lorenzo Salazar, “verdadero españófilo [...] que ha escrito varios libros y hecho muchos descubrimientos referentes a la dominación española en aquel reino (Sanchis Sivera 1902, 268).” Así, aseguraba que habló con él “de España, con tanto entusiasmo y cariño, que las horas me parecieron minutos, sintiendo una gran satisfacción de haber visitado aquel lugar, y recordando a mi patria me olvidé por completo de disfrutar desde allí la mejor vista de Nápoles (Sanchis Sivera 1902, 269).” Este último comentario nos permite calibrar el nivel de euforia que le provocaron el lugar, el encuentro y la conversación.

Así mismo, nuestro autor también inspeccionó el Aquarium, “acaso el más rico y maravilloso del mundo (Sanchis Sivera 1902, 269),” que le había provocado la ilusión de encontrarse en las profundidades del mar. “De no visitar aquella original colección piscícola, hubiera sentido siempre inmenso remordimiento (Sanchis Sivera 1902, 270),” sentenció.

El capítulo finalizaba con una referencia a las abundantes iglesias que era posible encontrar en Nápoles, “todas ellas llenas de magníficas pinturas, de sarcófagos, de estatuas, de reliquias preciosas y de notables recuerdos (Sanchis Sivera 1902, 270).” Y entre las cuales destacaba tres: la de Monte Oliveto, actualmente conocida como Sant’Anna dei Lombardi, donde “se hallan los sepulcros de Alfonso II de Aragón –es decir, Alfonso II de Nápoles (1448-1495), nieto del Magnánimo–, del célebre arquitecto Fontana y de Lannoy, general de Carlos V (Sanchis Sivera 1902, 270);” la de San Pedro *ad aram*, donde “se guarda el ara del altar sobre la que celebró misa el santo Apóstol (Sanchis Sivera 1902, 271);” y la de Santo Domingo, que le permitía señalar que “en la sacristía de este templo vense cubiertos, con mantos de púrpura, cuarenta y cinco ataúdes de madera que encierran los restos mortales de otros tantos individuos de la casa real de Aragón y del glorioso vencedor de Pavía, el marqués de Pescara (Sanchis Sivera 1902, 271).” De hecho, podemos señalar que esta, la de la existencia de los cuarenta y cinco ataúdes, fue la referencia más explícita que nuestro autor realizó a la Corona de Aragón, ya que en todas las demás se refería a España.

La visita a Pompeya

A continuación, dedicó todo el capítulo XXII a narrar el viaje que, desde Nápoles, realizó a Pompeya, que calificaba como “la ciudad desenterrada, oculta bajo las cenizas del volcán por espacio de diez y siete siglos (Sanchis Sivera 1902, 274),” y que inspeccionó con verdadero fervor y entusiasmo. De hecho, aseguraba que, a medida que

el tren llegaba a la estación del antiguo asentamiento romano, “percibí los latidos de mi corazón y un escalofrío subió por mi columna vertebral, efecto de la emoción que sentía (Sanchis Sivera 1902, 274).” Y es que, fervoroso creyente como era, iba a descubrir y pasear por una ciudad que “nos conduce a los primeros años del cristianismo”. Y también, iba a poder realizar un viaje más o menos físico en el tiempo, uno de los grandes anhelos –sueños– de cualquier historiador.

En su concepto, aquellas eran “las ruinas más notables que existen en el mundo (Sanchis Sivera 1902, 275),” que le permitirían admirar, “con todos sus detalles, la vida de los antiguos romanos, sus usos, sus costumbres, sus vicios, sus distracciones, sus viviendas: ¡me trasladé a los tiempos de Augusto! (Sanchis Sivera 1902, 283).” De hecho, las páginas que escribió son el relato entusiasta de una visita a “la colosal, la espléndida, la majestuosa Pompeya (Sanchis Sivera 1902, 275),” y incluían el relato de su “desaparición”, el 23 de noviembre del año 79 y como consecuencia de la acción del Vesubio; y de su descubrimiento diecisiete siglos después: “Imperando en Nápoles nuestro rey Carlos III (Sanchis Sivera 1902, 276),” tal como se encargó de remarcar.

Entonces el monarca español ordenó continuar las excavaciones por cuenta del Estado, las que siguieron hasta hace poco tiempo, en que se han suspendido a causa de la falta de recursos en que con la *unidad* ha quedado Italia, a pesar de faltar por descubrir otro tanto de lo que hoy admiramos (Sanchis Sivera 1902, 276-277).

Cautivado por lo que veía, el canónigo valenciano describió las calles, las casas y incluso los cadáveres de yeso que le ofrecía la vetusta ciudad romana: “Cuanto más recorría la ciudad desenterrada, más crecía mi admiración (Sanchis Sivera 1902, 281).” Y calificó de “brusca la transición que media entre el bullicio de Nápoles y la soledad de Pompeya (Sanchis Sivera 1902, 277).”

Finalmente, tal vez movido por la “multitud de lupanares que hay en ciertos puntos (Sanchis Sivera 1902, 286)” y por la multiplicidad de representaciones fálicas – “Respecto al falo, tenía en la antigüedad una significación muy distinta de la que se le pudiera hoy dar (Sanchis Sivera 1902, 287),” sintió la necesidad de puntualizar–, terminó la extensa narración de las cerca de cuatro horas que estuvo recorriendo Pompeya con una reflexión moral; y asegurando que la depravación en que vivía instalada aquella población justificaba la necesidad de un Mesías:

Pompeya no era la ciudad más inmoral de la época: era como Roma, como Capua, como Bayas, como todos los pueblos importantes sujetos a los romanos; era el espejo fiel de una sociedad que se hundía por su propio peso, que iba a desaparecer cegada por la espléndida luz que esparcía el naciente cristianismo. [...] Pompeya nos demuestra la necesidad de la venida de Jesucristo (Sanchis Sivera 1902, 287).

La ascensión al Vesubio

Nuestro autor dedicó el cuarto de los capítulos napolitanos, el XXIII, a relatar la palpitante y conmovedora ascensión que realizó al Vesubio, una montaña “horrible y de monstruosa belleza a la vez (Sanchis Sivera 1902, 300):” el volcán icono del sud de Italia, rey de los contrastes y constante pesadilla a la cual, sin embargo, en su opinión, los napolitanos lo debían todo: las piedras, los materiales de construcción, la belleza, el atractivo y la originalidad (Sanchis Sivera 1902, 255).

Si excitante y trastornadora para el ánimo y el espíritu había resultado la inspección a la ciudad desenterrada, no menos lo sería la visita al Vesubio. De esta manera, el todavía joven canónigo, que no ganaba para emociones, pasó de percibir intensos

latidos cardíacos a escalofríos que le subían por la columna vertebral. Y aseguró que la jornada en que emprendió la subida “mi corazón no cabía en el pecho de gozo. [...] Yo creo que aquel día fue de los más felices de mi vida (Sanchis Sivera 1902, 289).”

El vibrante relato que realizó de aquella ascensión –que no sólo fue física, sino también espiritual– está repleto de sensaciones, sentimientos y emociones; particularmente en su tramo final, el de la llegada al cráter, que es de una profunda intensidad. Así, en el inicio de la narración cobran un especial protagonismo los diferentes colectivos de personas que, siempre a la búsqueda de una recompensa económica, abordaron a nuestro autor por el camino: desde improvisados grupos de músicos y cantantes, hasta una monja, un vendedor de naranjas con aires de adivinador y “varias mujeres de tez negruzca y pelo lleno de flecos y caracoles brindándome con botellas de vino (Sanchis Sivera 1902, 291).” Y todo ello sin dejar de lado a los “ciegos que recogían las monedas del suelo con sus propias manos, mudos que oían cuando se les llamaba y eran sordos cuando se les despedía, [y] cojos que llevaban las muletas al hombro (Sanchis Sivera 1902, 291).”

Al final, nuestro canónigo dibujó la experiencia de subir al Vesubio como una especie de reto físico y espiritual, como una prueba de fuego que vivió con una extraordinaria intensidad emotiva: “Era preciso subir”, afirmó, “lo deseaba con ansia y por nada del mundo hubiera retrocedido; ni el peligro más inminente me habría hecho desistir (Sanchis Sivera 1902, 295).” Y la narró como la peripecia extrema de un vitalista, de un epicúreo que no piensa permitir que su condición de sacerdote le impida experimentar las más extremas emociones terrenales. No casualmente, lo primero que hizo con posterioridad al espectáculo a la vez fascinante y pavoroso de contemplar el cráter del Vesubio –“me asomé a aquel balcón del infierno, tendido a lo largo en el suelo (Sanchis Sivera 1902, 298),” afirmó– fue ingerir un trago de vino: “y después de beber un vaso de lágrima-Christi a la salud de mi patria, emprendí el camino de Nápoles (Sanchis Sivera 1902, 300).”

Los alrededores de Nápoles

Finalmente, nuestro autor dedicó el capítulo XXIV –el quinto y último de los napolitanos– a describir los alrededores de la capital de la Campania, sobre todo los lugares que guardaban vestigios de la etapa clásica. “No es posible exista en el mundo otra ciudad que conserve tantos recuerdos del período romano como Nápoles (Sanchis Sivera 1902, 303)”, aseguraba.

De esta manera, evocaba espacios como por ejemplo el punto donde “desembarcó Eneas con un puñado de griegos, que extendieron su civilización por toda Italia”; y también los lugares donde “se inspiraron los cantos de Homero y Virgilio (Sanchis Sivera 1902, 303).” Un breve recorrido junto al mar lo llevaba hasta “la aldea de Fourigrotte, que ostenta una magnífica estatua del gran Leopardi (Sanchis Sivera 1902, 306);” y también al lago de Agnano, “llamado así por las muchas culebras que viven en sus aguas y que despiden de continuo emanaciones de hidrógeno y azufre (Sanchis Sivera 1902, 306).” Y a la célebre Solfatara, “conocida antiguamente con el nombre de *Forum volcani*, y que es un cráter medio apagado (Sanchis Sivera 1902, 308).” Para pararse, finalmente, en Pozzuoli, “ciudad notable en los antiguos tiempos por su magnífico puerto, su población compuesta de sesenta mil personas, sus obras de arte y sus riquezas (Sanchis Sivera 1902, 308).” En Pozzuoli, precisamente, realizó una detallada visita a los lugares más emblemáticos, como por ejemplo el templo de Serapis, el “solidísimo” anfiteatro y la villa de Lúculo, “donde Tiberio fue muerto en su lecho, ahogado con las sábanas, por Macrón, prefecto del pretorio (Sanchis Sivera 1902, 313).”

“Cuando declinaba el sol y por el Occidente se levantaba una faja descomunal de color de escarlata”, nuestro autor emprendió, melancólico, el camino de retorno a

Nápoles, “siempre a orillas del mar (Sanchis Sivera 1902, 313).” Horas después ya estaba en la estación de tren, “triste y cabizbajo, llena la cabeza de columnas, templos, anfiteatros, recuerdos, cansancio y deseos de volver a aquella tierra mimada por la belleza”. “Yo no quiero morir, yo quiero mejor volverle a visitar... (Sanchis Sivera 1902, 313-314),” repetía una y otra vez parafraseando el famoso adagio italiano que reza “Vedi Napoli e poi muori”, y mientras ponía rumbo a su siguiente destino: el municipio de Loreto d’Ancona.

Conclusiones

El análisis de la evocación que Josep Sanchis Sivera realizó con posterioridad a su visita a Nápoles nos permite hilvanar algunas conclusiones, incluso ideológicas e identitarias. Como por ejemplo que nuestro autor se sintió fuertemente fascinado por la historia, la geografía y la cultura italianas en general, y napolitanas en particular, que describió con verdadera fruición. También, que en su relato agrupó, en un solo bloque, los años de dominación de la Corona de Aragón y de la Monarquía Hispánica. Historiador como era, es el caso que evocó muy pocos vestigios napolitanos referentes a la Corona de Aragón de manera exclusiva. Y es así que su entusiasmo histórico iba ligado a la evocación de los episodios que vinculaban Nápoles con la historia de España entendida de una manera amplia, y no solo con la Corona de Aragón.

En consecuencia, es bastante evidente que, en el uso de conceptos y expresiones como “España” y “mi patria”, Sanchis Sivera incluía también la historia de la Corona de Aragón, que, después de la unión con Castilla, la mayoría de la historiografía del siglo XIX consideraba que se había convertido en una parte más de España. Y por eso nuestro autor apenas si establecía distinciones entre la Corona de Aragón y Castilla, que para él debían formar, desde época medieval, un solo conjunto.

Así mismo, y unido a todo ello, cabe subrayar que el relato de este viaje a Nápoles evidencia que, a pesar de ser uno de los intelectuales valencianos de inicios del siglo XX que más sensibilidad demostró por la recuperación lingüística, cultural e identitaria de los territorios catalanoparlantes de la antigua Corona de Aragón, en 1901 Sanchis Sivera estaba totalmente asimilado a la historia y la cultura españolas, de las cuales se sentía notablemente satisfecho.

De este modo, su participación activa en todo tipo de iniciativas y entidades del primer tercio del siglo XX dedicadas a la promoción y la recuperación de la lengua y la cultura catalanas –cabe recordar que fue: director-decano del Centre de Cultura Valenciana, impulsor del nonato Estatuto de Autonomía del País Valenciano y signatario de las “Normes Ortogràfiques de Castelló de la Plana”, además de miembro del “Institut d’Estudis Catalans” y de la “Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona”–, y el ingente trabajo que desarrolló estudiando monumentos, obras literarias y episodios fundamentales de la historia de los valencianos –como por ejemplo la Catedral de València, el arte medieval, los sermones de Sant Vicent Ferrer y la familia Borja–, no tuvieron como resultado la asunción de una identidad valenciano-catalana opuesta o contraria a la española.

Más bien al contrario, como la mayoría de autores e intelectuales coetáneos, nuestro autor trabajó por la recuperación de la identidad valenciana únicamente en términos regionales: de integración armónica dentro del conjunto español. Y fue así como el estudio y la reivindicación de la idiosincrasia valenciana, secular y autóctona, que practicó no entraron en conflicto con la española, de la cual es evidente que se sentía orgulloso, tal como se desprende de la evocación que realizó de su visita a Nápoles.

Y es que la concepción de una identidad valenciana de raíz catalana y enfrentada u opuesta a la española fue obra de las generaciones posteriores a las de Llorente, Blasco Ibáñez y Sanchis Sivera; incluso a las de López-Chavarri, Martínez Ferrando y Puig-

Espert (Archilés). Fue obra de un nuevo planteamiento ideológico propio del siglo XX que, eso sí, pudo teorizarse y desarrollarse gracias al sedimento, a la labor de descubrimiento y acopio histórico y cultural –identitario– que, durante las décadas previas, forjaron algunas docenas de esforzados literatos e historiadores nacidos y formados en el siglo XIX que, como Josep Sanchis Sivera, se aparecen a nuestros ojos de ciudadanos del XXI como dignos de toda consideración y elogio.

Obras citadas

- Archilés, Ferran. “La Renaixença al País Valencià i la construcció de la identitat regional.” *Anuari Verdaguer* 15 (2017): 483-519.
- Castellote, Salvador. “Prólogo.” En José Sanchis Sivera ed. *Dos meses en Italia (Impresiones y recuerdos)*. València: Ángel Aguilar, editor, 1902. V-XV.
- Ferrando, Antoni. “Pròleg.” En Josep Sanchis Sivera ed. *Estudis d’història cultural*. València-Barcelona: IIFV-PAM, 1999. 11-13.
- López Chavarri, Eduard. *Memorias de un viaje a Italia*. València: Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d’Estudis i d’Investigació, 2019.
- Martínez Ferrando, Ernest. “Mossén Sanchis Sivera, canonge exemplar.” *El Camí* 68 (24-VI-1933): 4.
- Pérez Moragón, Francesc. “Notícia biogràfica.” En Josep Sanchis Sivera ed. *Estudis d’història cultural*. València/Barcelona: IIFV-PAM, 1999: 37-45.
- Roca, Rafael. “Cròniques italianes de Teodor Llorente.” En Maria Carreras, Núria Puigdevall, Patrizio Rigobon & Valentina Ripa eds. *Ciutat de l’amor. Scrivere la città, raccontare i sentimenti*. Alessandria: Ed. dell’Orso, 2013. 303-319.
- . “Un valenciano entre valquirias. El viaje a Escandinavia de Josep Sanchis Sivera (1911).” *Studia Iberica et Americana* 5 (2018): 403-418.
- . “Eduard López-Chavarri i Itàlia.” En Eduard López-Chavarri ed. *Memorias de un viaje a Italia*. València: Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d’Estudis i d’Investigació, 2019a. 9-38.
- . “El historiador Josep Sanchis Sivera (1867-1937): el arte de viajar.” *Itinerarios. Revista de Estudios Lingüísticos, Literarios, Históricos y Antropológicos* 30 (2019b): 185-198.
- Robres Lluch, Ramon. “Notas para la biografía de don José Sanchis Sivera.” *Las Provincias* (17-I-1940).
- Rodrigo Lizondo, Mateu. “Introducció.” En Josep Sanchis Sivera ed. *Estudis d’història cultural*. València/Barcelona: IIFV-PAM, 1999. 15-34.
- Sanchis Sivera, Josep. *Dos meses en Italia (Impresiones y recuerdos)*. València: Ángel Aguilar, editor, 1902.
- . *Viatge a Escandinàvia (1911)*. València: Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d’Estudis i d’Investigació, 2021.
- Valentino. “De re literaria. *Dos meses en Italia. Impresiones y recuerdos*, por José Sanchis Sivera.” *Las Provincias* (16-VII-1902): 2-3.